

PRÓLOGO

Los usos y costumbres académicos aconsejan empezar reconociendo el honor que se me hace al presentar este libro de homenaje al profesor Manuel Casado. Desde luego, es un gran honor, que agradezco, pero también un reto. Al menos, por dos motivos: en su mayoría, los lectores de esta obra serán filólogos (y eso impone lo suyo cuando de escritura se trata); pero sobre todo porque el homenajeado se caracteriza por una modestia que le hace huir del elogio como de la peste. Y lo que se espera de una pieza así es precisamente que sea una alabanza.

Afronto con resignación la primera circunstancia. En cuanto a la segunda, no me queda sino pedir perdón al profesor Casado. Como sabe bien un lingüista de su categoría, los textos tienen sus exigencias que conviene respetar. En este caso, además, los méritos sobreabundan y el elogio puede ajustarse a la verdad. De modo que, lo siento, querido Manolo, aunque, al menos, seré breve.

Como rector de la Universidad en la que el profesor Casado ha servido tantos años, agradezco las aportaciones que contiene este libro. Ponen de relieve los méritos académicos en diversos órdenes de quien ha sido una referencia de su especialidad y un maestro para varias generaciones de estudiantes, entre los que me cuento, por cierto (pude beneficiarme de la gran calidad de su docencia y de su interés sincero por cada alumno). No tendría sentido que abundara en esos reconocimientos concretos, justamente ponderados por colegas y discípulos en las páginas que siguen. Conste en todo caso mi admiración por sus logros: da alegría comprobar cuánto cunden las vidas de los grandes universitarios.

También debo dejar constancia del agradecimiento de la Universidad por su labor entre nosotros, en particular por su tarea de gobierno. No carece de cierta dificultad gobernar en la institución universitaria. Manuel Casado lo ha hecho en diferentes responsabilidades, entre otras: director de estudios, decano y vicerrector.

tor. Y lo ha hecho muy bien, movido por su sólida vocación de servicio –única vacuna eficaz contra el afán de mando para el brillo personal– y una muy característica sabiduría práctica de quien como fraile tiene bien presente sus tiempos de cocinero.

El gran canciller de la Universidad de Navarra, monseñor Fernando Ocáriz, en una reciente ceremonia de concesión de doctorados *honoris causa*, nos animaba a hacer de la Universidad un lugar de esperanza. Razonaba así: “Es frecuente oír que vivimos en tiempos de crisis e incertidumbre. Paradójicamente, en medio de un progreso y bienestar nunca alcanzados hasta ahora, vemos agotarse la energía que impulsa a personas y sociedades. ¿De dónde puede surgir la savia que las nutra y les dé vigor? Una parte importante de la respuesta se puede encontrar en una educación genuina, en el poder transformador de las personas que piensan por sí mismas, sin dejarse dominar por las modas, y que fijan el rumbo de sus vidas, recorriéndolas con sentido: *como peregrinos y no como errantes*. Todos percibimos que los cambios estructurales o legales tienen una incidencia limitada para configurar la sociedad. Lo decisivo son siempre las personas”*.

La trayectoria vital de Manuel Casado es un buen ejemplo de ese poder transformador de la educación. Como docente, como investigador, como compañero de claustro, como hombre de gobierno, su tarea ha sido fecunda porque para él lo prioritario han sido las personas. Con su talante servicial y su espíritu magnánimo, Manolo es ese amigo leal cuya disponibilidad no tiene límites, siempre con *la rama preparada para la rosa justa*, que diría su admirado Juan Ramón.

Nada más natural y justo que ahora, cuando se le rinde homenaje en su despedida como profesor, la bonhomía de Manuel Casado coseche tantas muestras de agradecimiento y amistad, como la que tiene el lector entre sus manos.

Alfonso Sánchez-Tabernero, rector de la Universidad de Navarra

* Monseñor Fernando Ocáriz, discurso de clausura del acto de investidura de doctores *honoris causa* a los profesores Ruth Fine, Robert G. Picard, Rafael Moneo y Margaret Archer. Pamplona, 28 de junio de 2019.

PRESENTACIÓN

Quienes firmamos esta breve presentación al volumen *ofrecido* a Manuel Casado con motivo de su jubilación nos sentimos, ciertamente, muy honrados, pero, al mismo tiempo, no podemos negar que sentimos también cierta zozobra al pergeñar estas líneas que deben ser, al menos en parte, laudatorias. Y creemos que no es necesario explicar por qué hacemos tal afirmación. Quienes han sido colegas, discípulos o simplemente han tenido la experiencia de trabajar cerca de Manuel Casado saben que se trata de una persona que huye de los parabienes y cuyo rasgo más sobresaliente es, precisamente, *ofrecerse* a los demás. Así lo atestiguan su servicio a las instituciones donde ha desempeñado cargos de gobierno o sus innumerables iniciativas científicas que han servido de espoletas para que otros brillen mientras, discretamente, Manuel, apartado de los focos del protagonismo, contemplaba con legítima satisfacción los avances de tantas personas en quienes, poco a poco, iba fortaleciendo la necesaria autoconfianza para emprender la exigente y apasionante tarea universitaria.

Su generosidad ha impregnado todos los órdenes de su actividad docente, investigadora y de gestión. Ha tenido la firme convicción, dicho con palabras del título de un célebre libro del filósofo Nuccio Ordine, en *la utilidad de lo inútil* del saber humanístico, como un fin en sí mismo, desprovisto del carácter práctico y fin utilitarista. Y ha defendido explícitamente la utilidad de los estudios lingüísticos, utilidad que se proyecta –nada más y nada menos– en conocer al ser humano, incluso con la reflexión sobre temas aparentemente menudos –pongamos por caso, la descripción de un sufijo o del empleo de una voz en el discurso mediático–, pues él ha hecho suya una de las guías sobre la que se erigió la vasta producción intelectual de uno de sus maestros, Eugenio Coseriu: no hay temas menudos, pues todos son manifestaciones del espíritu humano y, por tanto, todo lo pequeño resulta ser algo trascendental.

La convicción de la “inutilidad necesaria” de los estudios lingüísticos no ha implicado que dejara de lado su proyección social y cultural. Ahí están sus intereses –diríamos que constantes y transversales en su investigación y, a veces, nucleares– sobre el poder del lenguaje de las ideologías dominantes o su honda preocupación por la devaluación de la palabra, por la falta de confianza en el lenguaje en la sociedad contemporánea, por el cada vez más rebajado rango que se le otorga al saber lingüístico en la educación preuniversitaria y aun en la propia Universidad. Es en el marco de estas preocupaciones donde una persona tan comedida, tan poco proclive a los juicios valorativos cuando estos son negativos, llegado el caso, se manifiesta sin ambages cuando, por ejemplo, critica que “hemos perdido casi un siglo hasta dar con el enfoque adecuado en el aprendizaje de las competencias lingüísticas” o lamenta que en los ámbitos intelectuales de Occidente predomine la hermenéutica de la sospecha frente a la hermenéutica de la confianza.

Podríamos citar más rasgos que armonizan su trayectoria docente e investigadora y su talante vital. Baste citar otro principio de su maestro Eugenio Coseriu. En un trabajo –escrito con Antonio Vilarnovo– que le dedicó *in memoriam*, afirmó que uno de los rasgos intelectuales de Coseriu fue su apertura mental, que le llevaba a aplicar siempre lo que él denominaba el “principio de tolerancia intelectual”, según el cual las personas habitualmente tienen razón en lo que dicen, por lo que, ante cualquier afirmación sobre el lenguaje o sobre un determinado hecho lingüístico, habría que plantearse qué de verdad había en ella. Manuel Casado no solo ha aplicado este principio a su quehacer estrictamente intelectual: quienes han tratado con él conocen su capacidad de escucha, su tolerancia con posturas discrepantes y la naturalidad con la que cambia de opinión si la ajena le ha convencido. Un “principio de tolerancia vital”, en suma, que explica su capacidad para conciliar afectos y la gran cantidad de amigos que tiene entre sus colegas.

Por todo lo que acabamos de decir –y por otras cosas que aquí callamos por la falta de espacio y por respetar al menos un poco la modestia del homenajeado–, no nos extrañó la generosa respuesta a la convocatoria que lanzamos para contribuir en este volumen. Ciertamente, este ramillete de estudios que el lector tiene en sus manos y que reúne a casi un centenar de firmas es por sí solo una sólida evidencia de reconocimiento. Pero nosotros, que nos hemos limitado a disponer estos estudios en bloques representativos de su labor investigadora, también hemos tenido la suerte de ser testigos privilegiados de otras “evidencias” en las respuestas a esta invitación que nos han demostrado el afecto y la

admiración que han generado el docente, el investigador y la persona de Manuel Casado a lo largo de su fecunda vida universitaria. Afecto y admiración que también comparten los nombres que figuran tras esta última línea.

Ramón González Ruiz

Inés Olza

Óscar Loureda